





Cortázar, la Palabra Fascinada

Un martes 14 de febrero, a las once y media de la mañana, hace de esto 10 años, era sepultado Julio Cortázar, en el cementerio de Montparnasse, en el mismo lugar en el que él había dejado a su mujer quince meses antes. Su última aventura juntos se había convertido en un libro: "Los astronautas de la cosmopista".

A diferencia de los escritores de la "generación del '30", como suele llamárseles a los latinoamericanos del boom, Julio Cortázar se hace difícil de definir. Su afán fantástico fue calificado por Omar Prego como "un orden secreto y menos comunicable" que el de sus contemporáneos. Esta peculiaridad de la literatura de Cortázar se percibe con toda claridad en sus cuentos. El juego de las paradojas que no nos es posible resolver, se manifiesta en el cierre de sus relatos cortos. Son muchas las veces en que debemos decir —en tanto lectores— cuál de los dos niveles de existencia de los personajes es el de "la realidad". Parece ser que a Julio Cortázar se lo ama o se lo rechaza. Quizás porque la permanente alusión a la relatividad del tiempo, o sus reiteradas incursiones en alguna otra posible dimensión, asusta al lector.

Lo cierto es que este hombre —de rostro enigmático— manejó el idioma, nuestro idioma, con extraordinaria libertad. Esta libertad —creada por él— pasó a constituir su estilo. Podríamos decir que Cortázar rompe la sintaxis tradicional, y es esa ruptura sintáctica la que forja el mundo fantástico al que nos obliga su lectura.

El mismo se refirió a su proceso creativo recordando: "Desde muy pequeño, hay ese sentimiento de que la realidad para mí no era solamente lo que enseñaba la maestra y mi madre y lo que yo podía verificar tocando y oliendo, sino además continuas interferencias de elementos que no correspondían, en mi sentimiento, a ese tipo de cosas". Y esta reflexión se aclara aún más si entendemos otra reflexión hecha por el escritor en la misma entrevista (La Fascinación de las palabras, Omar Prego), cuando, refiriéndose a su infancia, dice: "Pero el hecho es que siendo yo proces en el plano de las intuiciones, advertía en el vocabulario de los grandes (y ese vocabulario de los grandes era el reflejo de su realidad, ellos veían así la realidad, pero no yo) algo así como un

emerge en la expresión "lugares comunes".

No fue precisamente lo que nunca estuvo presente en la obra de Cortázar: los lugares comunes. Quizás eso explica también la reacción de quienes lo rechazaban. Y es que no es nada fácil escapar a los "lugares comunes".

Estos son la "anestesia" del pensamiento. Si se quiere evitar el correr el riesgo de manifestar una opinión, hablar de la verdad que se percibe, decir algo que nos resuena en lo íntimo, entonces, siempre se puede recurrir a los lugares comunes.

Julio Cortázar fue un escritor limítrofe —en el mejor sentido— y se atrevió a dejar pasar a la página ese otro aspecto de la realidad que —supongo— todos atisbamos, y cuyo misterio nos hace retroceder. Conjeturo que, en pleno siglo XX, el hombre de ciencia se asoma más a ese territorio en que la realidad percibida se somete a otra dimensión (que Gregory Bateson bautizó como el "lugar que hasta los ángeles temen pisar"), que lo que lo hace el creador de fantasmas que trabaja con la palabra. Romper la linealidad del lenguaje —algo que Julio Cortázar logró plenamente— es ya una hazaña que requiere de gran valor. Romper la linealidad de "lo posible" lo es aún más.

La obra de J. C. debiera hacernos reflexionar acerca de la ficción que hoy nos inunda, que está presente en la así llamada "ciencia ficción". Si nos detenemos a pensar sobre este fenómeno, nos daremos cuenta de que lo que podría considerarse como una ruptura con la realidad es en verdad una proyección lineal de aquello que la alta tecnología nos hace prever. Pero hay una enorme diferencia entre ejercitarse en imaginar lo que será posible en el próximo siglo, e indagar en el alma propia los misterios de nuestra existencia.

Este hombre —muerto hace diez años— se atrevió. En su juventud, escribió un extenso ensayo sobre la obra de John Keats, el que jamás llegó a publicar. Me topo con un poema de Keats que titulaba "Cuando yo temo", el que, en sus dos primeros versos dice: "Cuando yo temo dejar de existir/ antes de que mi pluma haya recogido hasta el último grano de mi preñado cerebro... (trad. libre). Si toda literatura ha de dejarnos algo, postulo que la de Julio Cortázar nos dejó el desafío de

Cortázar, la palabra fascinada [artículo] María Eugenia Fontecilla.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fontecilla, María Eugenia

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cortázar, la palabra fascinada [artículo] María Eugenia Fontecilla.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile